

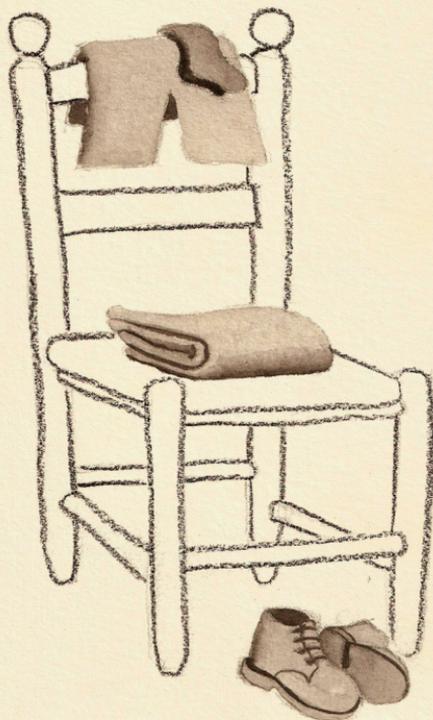
JOSÉ JULIO CABANILLAS

Nací en Granada y me crié en un pueblo de Jaén. Hice una carrera y la mili por dar gusto a mis padres que querían verme de soldado y de licenciado. Di clases en la universidad y ahora en un instituto de pueblo, donde aguanto en mis carnes y nervios las doctrinas de los Protomandarines de la Reforma Pedagógica. Nunca he esperado gran cosa como no sea una vida digna, apoyada en la dignidad de cada hombre, en la virtud divina de la Poesía. He publicado algunos libros. En ellos sólo he ambicionado que estuviesen, al menos, bien escritos, sirvieran para todos los públicos y nos muestren que el mundo y el hombre son un Resplandor y no la máquina de leyes físicas y neuronales propuesta por los sabios de la más negra observancia.

Humor y amor, y que Dios nos pille confesados.

Midnight dreams

Vinieron esta noche a visitarme
los sueños que yo tuve y nunca se han cumplido.
El Cleriguito, duende de los ratones, que trastea
en los aparadores,
y las Botas del Gato para correr seis leguas por zancada,
y la Reina infeliz, la luna fría,
y mi ropa de niño en una silla, ya acostado en la cama,
que podía ser mil hombres o ninguno.
Sentado en esta silla me amanece
mientras me sé un instante entre dos sueños.
Sentado en esta silla, como ropa vacía,
yo pude ser mil hombres. Soy ninguno.
Vinieron de visita mis sueños esta noche
y de pisar los hilos sedosos de la alfombra
se han deshecho y son nada bajo mi traje gris.



Los vivos y los muertos

Sé que lejos, detrás de aquellas nubes,
lucirá un sol que aquí parece estaño,
desgastada moneda. Con los años
se ha vuelto el mundo gris y cuanto tuve...

Qué fue de todo aquello y qué de mí.
Los vivos no acompañan y los muertos
con sus hilos de llamas son más ciertos
que la gente que pasa por aquí.

He cerrado los ojos, muerte hermana,
para entender qué dices a mi lado,
que todo lo que miro se ha empañado.

Siento mi mano fría... Es que me llevas
de tu mano al sacarme de esta cueva
y alcanzo con mis muertos la mañana.

Soledad

Campanita de san Pedro,
cómo repicas a gloria
un domingo de otro tiempo.

Tan alta tu soledad.
Con mis ojos de seis años
ya no te puedo mirar.

Y esto que digo
es un doblar a muerto,
tiempo perdido.

Otro abril

No volverán —por más que en mi recuerdo
aún broten, de oro y polvo, tan menudas—
las flores a las hojas
anchas del nisporero. En un rincón, a solas,
junto al muro encalado, con su música rubia
de abejas que del polen hicieron blanca cera.
Se consumió esa vela y, con ellas, mis ojos.
Y por más que ahora miro, dónde aquel cuerpo blanco,
y dónde aquel rumor que se llevó una nube.

Un cromo

El cromo de un león, un solo cromo,
trajeron de Jaén, hasta la casa.
En el despacho gris, de luz escasa,
de mi mano se alzó, terrible, el lomo,

la melena campante y un rugido.
Por la sabana corre una gacela,
mota de vida rubia, siempre en vela
por si la zarpa llega sin ruido.

Llora el niño al nacer. ¿Oyes esos pasos?
De baobab bajo el sol es su moisés.
Donde quiera que vaya o donde venga

la garra está al acecho por si acaso.
Un zarpazo y de pronto ya no ves.
Vela en tu corazón, mientras lo tengas.

Después de la noticia

Esta calle parece, en realidad, un sueño.
Nadie tuvo jamás unos dedos tan dulces
como estos de la luz que va y descorre
la nubes y se asoma.

Con su varita de virtud
da un toque y... Érase una vez
en una calle, un hombre al que un pájaro verde
le dijo: hay un tesoro. Ven conmigo y verás.
Y caminaron juntos todo el día.

Y tuve que cruzar mi vida entera
para ser ese hombre hoy que me acabo.

Grillos

¿Y no será este grillo
una caja de música sonando por la noche
para que los luceros,
de tanto andar a oscuras, no se pierdan?

Mar Calabrús

Mi prima Mar tenía
los rizos en la frente,
las manos regordetas
y los dientes de leche.
Mi prima Mar tenía
cinco años y tres meses.
Jugaba a las cocinas
con mixtos y sartenes
con las panzas más negras
que Baltasar de Oriente.
Él puso en sus zapatos
un muñeco de peltre.
En un camaranchón
las tardes de setiembre
jugábamos muy serios
a cosas que aún me duelen.
Una araña tejía
su bordado silente.
Dijeron una tarde:
Hoy Mar no puede verte.
Que esa araña labraba
los hilos en sus sienes.
Y fueron tantas tardes...
Y aquella de diciembre
pasó un ataúd blanco.
Detrás lloraba gente.